



XI Jornadas de Sociología de la UNLP

5, 6 y 7 de diciembre de 2022

MESA 39 - Lecturas: del espacio íntimo al espacio público. Sociología de los mundos
literarios

**Lectores de clase trabajadora y las políticas bibliotecarias de la Comisión
Protectora de Bibliotecas Populares (1933-1949)**

Marcela Coria

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP - CONICET).

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La
Plata

Buenos Aires, Argentina

coria.marcela05@gmail.com

Resumen

En este trabajo abordamos las políticas bibliotecas de lectura de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares orientadas a constituir, caracterizar, ampliar y profundizar el lectorado conformado por personas de clase trabajadora entre los años 1933 y 1949. En este sentido, abordamos cuales fueron las iniciativas de la institución estatal regente en materia bibliotecológica a nivel nacional, que tenían por objetivo vincular a las bibliotecas populares del país con esta porción lectora que recientemente contaba con las condiciones materiales que le habilitaban el tiempo y el espacio para constituirse como consumidores culturales. De este modo, las conquistas en cuestión de derechos laborales de los trabajadores acompañaron las modificaciones de las prácticas de los obreros por fuera del ámbito laboral. De forma puntual, en esta ponencia, indagamos las fuentes editadas de la Comisión Protectora a fin de rastrear, reconstruir y valorar las propuestas concretas difundidas entre las asociaciones, y a la vez, consideramos los idearios que subyacían en estas orientaciones. Las consideraciones del organismo nacional contemplaban diversas cuestiones en la particular conexión entre el

colectivo obrero, las instituciones culturales y el rol del estado, ya que, en estas vinculaciones se inmiscuían también, en muchas ocasiones, cuestiones políticas, partidarias y gremiales. Entonces, en este contexto, las líneas de acción de la Comisión Protectora consideraban desde proposiciones específicas a las que debían tender las bibliotecas a fin de constituirse como el exclusivo sector donde los trabajadores invertían su tiempo de ocio, hasta determinaciones para la constitución de bibliotecas populares obreras según diversas categorías en vinculación con las tradicionales bibliotecas obreras asociadas a movimientos de izquierda de principios de siglo XX.

Palabras clave: Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, Políticas bibliotecarias de lectura, Lectores, Trabajadores, Bibliotecas populares, Argentina.

Trabajadores como parte del nuevo lectorado

El crecimiento en el porcentaje de personas que accedían a la lectura –por sobre las que no lo hacían- trajo consigo algunas caracterizaciones que fueron configurando este lectorado según los diferentes estamentos. En este sentido, las condiciones socioculturales, económicas, políticas y geográficas condicionaron las formas en que diversas porciones de la sociedad fueron acercándose a la mayor cantidad de dispositivos escriturarios disponibles. Así, las primeras segmentaciones fueron identificadas en las mujeres, los niños y los obreros, las cuales eran diferenciadas por las condiciones materiales que posibilitaban su acceso a la alfabetización, y por consiguiente a la lectura, pero también por las estrategias editoriales que se fueron pergeñando para cada una de estas fracciones lectoras (Lyons, 2011).

De forma particular sobre los lectores de la clase trabajadora, Martyn Lyons (2011, 2012) advierte su incremento en Europa desde mediados del siglo XIX. Allí, una mejor situación laboral que les habilitaba momentos de ocio, junto a un avance en las condiciones materiales y de infraestructura al interior de las viviendas, posibilitaron que los trabajadores tengan las posibilidades de tiempo y espacio necesarias para el desarrollo y la profundización de la lectura.

En el caso de nuestro país, las ventajas que motorizaron el crecimiento de la población lectora confluyeron entrado el siglo XX. Aquí también la estructuración se dio a través de grupos segmentados de lectores de acuerdo a los gustos y los intereses que manifestaban y, como contraparte, a las estrategias editoriales ofrecidas para cada uno de ellos. Este “público fragmentado”, tal como lo define Alejandro Eujanian, se materializó con mayor profundidad en Argentina desde la segunda década del siglo XX gracias al crecimiento demográfico, la creación y la expansión de editoriales, el avance económico y la paulatina estabilidad social (Eujanian, 1999, p. 127).

En relación con la porción trabajadora del lectorado, estas condiciones favorables, ceñidas al contexto político, económico y demográfico de nuestro país, encontraron mayor encauce recién hacia 1930. Si bien el avance legislativo en materia de conquista obrera data en Argentina desde 1905 con la sanción de la ley que estipulaba el descanso dominical, durante esta década, y más aún en la posterior, se produjeron una serie de modificaciones en el derecho laboral que constituyeron ciertas ganancias para los trabajadores. Entre los beneficios se encontraban la incorporación de la indemnización y las vacaciones pagas, cierta estabilidad en el empleo y la implementación de salario mínimo vital y móvil y sueldo anual complementario.

Estos avances, facilitaron modificaciones en los ámbitos de sociabilidad de los mismos. Hasta el momento, los obreros pasaban todo su día en el trabajo y el poco tiempo de descanso que les quedaba lo dedicaban a su hogar o a actividades al aire libre. A partir de estas reformas los trabajadores empezaron a contar con mayor tiempo para realizar actividades de ocio. En este sentido, se fueron estableciendo espacios propicios para el desarrollo de actividades recreativas, como los jardines obreros, las sociedades deportivas y musicales, los cursos profesionales y, nuestro objeto de estudio, las bibliotecas.

Bibliotecas obreras

El avance de los trabajadores en la práctica de la lectura supuso la preocupación estatal y partidaria acerca de las elecciones literarias que estos incipientes lectores podían tomar. En el contexto centenario de constitución de la identidad nacional argentina, la conformación de un canon literario validado fue materia de disputa. Hacia las primeras décadas del siglo XX la delimitación fue ajustándose y variando conforme

a las dinámicas del campo literario, que atendían asimismo a los condicionantes políticos e históricos que acompañaban el acrecentamiento del público lector y la aparición de nuevos géneros y formatos textuales.

En este ambiente demarcatorio, el rol de las bibliotecas fue esencial por su función institucional en la delimitación de un determinado corpus bibliográfico que debía ser el encargado de instruir y moldear el lectorado trabajador de acuerdo a los intereses que mediaban las diversas propuestas bibliotecarias. Para el caso europeo, al analizar la vinculación de este lectorado con las bibliotecas públicas, Lyons (2011, 2012), advierte las intenciones que ciertas políticas de lectura llevaban implícitas, como la idea de que “las lecturas de los trabajadores podrían neutralizar el conflicto de clases en la era industrial” (Lyons, 2012, p. 324). Sin embargo, estas propuestas no se condecían con los reales intereses de los trabajadores, por lo que ocasionaron poca presencia de obreros en las bibliotecas, renuentes a recibir mandatos moralizantes y edificantes. Lo que condujo en una vinculación tirante entre lectores de procedencia obrera y las bibliotecas públicas europeas.

En nuestro país, al analizar las vinculaciones entre trabajadores y bibliotecas, resulta ineludible advertir la injerencia mayúscula de las bibliotecas obreras, aquellas impulsadas por movimientos de izquierda surgidos del nuevo tejido social que se conformó a partir del masivo arribo de inmigrantes. En el marco de su despliegue militante, motorizaron la creación y el robustecimiento de un gran número bibliotecas obreras. Su propósito se enmarcaba en una fuerte acción educadora con principal inclusión de la clase trabajadora, las mujeres y la infancia. También se mostraban preocupadas por la conformación de una cultura obrera, cuyo camino fue allanado desde fines del siglo XIX por los socialistas, luego por los anarquistas y, con posterioridad a la Revolución Rusa, en las décadas de 1920 y 1930, por los comunistas.

Ahora bien, existe una singular continuidad en las constituciones de estas bibliotecas obreras con las bibliotecas populares reconocidas por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares (Planas, 2018). En 1908, cuando la Comisión Protectora se restituyó luego de permanecer 32 años en inactividad, gran parte de las bibliotecas obreras que habían proliferado durante este tiempo se encomendaron para alcanzar su

protección.¹ Este amparo no solo era requerido en términos económicos, sino que, este patrocinio le otorgaba además un marco institucional que les servía de garantía y les permitía mitigar la eventual persecución de la que eran objeto. Ya que, los espacios de reunión y manifestación política se encontraban unidos a los mismos lugares donde se constituían las bibliotecas populares (Tripaldi, 1997). Esta vinculación no estuvo ausente de desacuerdos, mientras las bibliotecas socialistas se mostraron dispuestas a adaptar su exitoso proyecto pedagógico, cultural y bibliotecario con diversas inserciones sociales a los condicionamientos de la Comisión Protectora (Planas, 2022), las entidades anarquistas se mostraron reticentes (Tripaldi, 1997; Sik, 2018). Por su parte, las bibliotecas comunistas, en relación con las anteriores, mostraron un avance tardío: su relativo despliegue fue entre las décadas de 1920 y 1930. Las mismas de proclamaban autónomas, autosustentadas y “libres del estado burgués”, por lo que allí la relación con la Comisión Protectora se percibe nula (Camarero, 2007).

La política bibliotecaria para el lectorado trabajador

En nuestro país, si bien avanzado el siglo XX se aumentaron las condiciones sociales y educativas que posibilitaron la constitución y la ampliación de lectores trabajadores, no se constituyó como una práctica arraigada desde sus inicios, sino que debieron mediar estrategias que fomentaran el hábito y a la vez, que guiaran las preferencias literarias de este inexperto segmento del lectorado. En este contexto, las bibliotecas -obreras y populares- fueron los espacios adecuados a los que se los instó a concurrir, a fin de moldear sus preferencias lectoras a través de las colecciones ofrecidas.

En el caso de las bibliotecas obreras, las de orientación socialista optaban por poblar sus estantes con bibliografía de concepción iluminista con énfasis en la divulgación científica (Planas, 2022). Mientras que las asociaciones comunistas conformaron sus colecciones en primera instancia casi enteramente con los ejemplares de la editorial del partido La Internacional. Aunque también consideraron aquellas obras de ‘cultural universal’ de contenido social, humanista, romántico o naturalista

¹ La Biblioteca del Círculo de Obreros de Corrientes fundada en 1900 alcanzó con posterioridad la protección de la Comisión Protectora. Esta institución apuntaba a satisfacer a obreros y estudiantes, como así también a niños en edad escolar (Boletín de la Comisión..., 1936, 4, 16: 6).

moralizante, escritores contemporáneos con espíritu antiburgués o antimilitarista y obras clásicas de la ilustración (Camarero, 2007).

Por su parte, la Comisión Protectora, en tanto institución estatal regente en materia bibliotecológica a nivel nacional, también se encargó de formar bibliotecas populares con colecciones que delimitaran un ideal de acuerdo a su discurso validado sobre cómo debía ser un trabajador lector modélico. Además, se ocupó de diseñar e implementar una política bibliotecaria de lectura destinada a cooptar esta parte del lectorado a través de la implementación acciones concretas de promoción e intervención que apuntaban a acercar a los obreros a las bibliotecas populares protegidas por el organismo.

Tal como para gran parte de las políticas bibliotecarias de la Comisión Protectora, el organismo atendió, al mismo tiempo, a la conformación y difusión de un determinado discurso público sobre la lectura que otorgaba caracterizaciones específicas a los ejes vertebradores de sus propuestas: las prácticas bibliotecarias de lectura, las iniciativas de fomento al libro y la lectura, los discursos y representaciones lectoras y los imaginarios sobre comunidades de lectores. En relación a este último punto, que es el especial interés de este trabajo, hubo manifestaciones muy específicas sobre el perfil de lector trabajador al que se debía apuntar.

Resultaba una constante en el discurso de la Comisión Protectora, la preponderancia dada al lector erudito por sobre el recreativo “el ideal de una biblioteca podría fijarse en la supresión del lector ocioso para desplazarlo con el lector estudioso” (*Boletín*, 1934, 1, 4, p. 5). Esta enunciación entraba en controversia con el interés por el cual los trabajadores se acercaban a las bibliotecas: hallar en sus estantes instrumentos de distracción y estimulación para alcanzar abstraerse de las obligaciones laborales. Tal como lo advertía Lyons (2012) para el caso europeo, en Argentina también confluyeron en estas argumentaciones ciertas tensiones entre las modelizaciones dadas por la institución estatal y las manifestaciones empíricas de los trabajadores.

Se consideraba que los obreros debían convertirse en trabajadores técnicos especializados. De modo que para su formación existían las escuelas de orientación, en las cuales tenían acceso a los libros industriales, de oficios, manuales y guías de consulta. Los artesanos, por su parte, tenían contacto con manuales elementales de consulta, croquis, esquemas y diapositivas. En este dinámico contexto en el que los trabajadores contaban con más tiempo de descanso, a la vez que iban alcanzando mayor

alfabetización lo que le posibilitaba el acceso a capacitación especializada, la Comisión Protectora, como organismo estatal promotor de políticas de lectura, bregó por tomar un rol orientador para este lectorado en formación. Esta tendencia fue manifestada en palabras del propio presidente de la Comisión Protectora, Juan Pablo Echague: “la formación de obreros calificados y especializados en ciertos ramos de la producción no puede quedar librada al esfuerzo individual, sino que requiere la dirección y el estímulo propulsor del estado“ (*Boletín*, 1940, 8, 36, p. 3).

De esta forma, los enunciados de promoción de la lectura y las bibliotecas como espacios imprescindibles para este fin, mostraban cierto contraste con las colecciones ofrecidas que apuntaban a formar a estos trabajadores, ya sea en saberes técnicos especializados, como en conocimientos de “cultura general”. Sin embargo, esta doble función asociada al rol de las bibliotecas populares en relación con los trabajadores fue algo que pervivió de forma conjunta en la voz de la Comisión Protectora, encarnada en sus publicaciones periódicas. Tal es el caso de la reproducción en el *Boletín* de un artículo de Henri Lemaître, vicepresidente del Comité Internacional de Bibliotecas, titulado “Bibliotecas populares y ocios obreros”, cuya traducción corrió por cuenta de la misma Comisión Protectora. En este escrito se establecían las particularidades que debían presentar las bibliotecas a fin de constituirse como sitios convenientes para que los obreros “acrecienten su personalidad y alcance una mayor comprensión del universo” (*Boletín*, 1935, 3, 9, p. 3).

Este extenso texto, contenido en cuatro páginas de dos números del *Boletín*, resulta una valiosa fuente de información para reconstruir, a través de la pluma de Lemaître, el discurso de la Comisión Protectora en relación con las bibliotecas populares y los lectores trabajadores. Entre los temas más generales versados se encontraba el establecimiento de ciertas características estructurales hacia las que debían tender las bibliotecas a fin de constituirse como el exclusivo sector donde los trabajadores invertían su tiempo de ocio. Las sugerencias apuntaban a la disposición espacial de los locales en relación con el medio social, así como también a la distribución del mobiliario hacia el interior del inmueble en función de garantizar accesibilidad y comodidad. Además se desatacaba la relevancia del ordenamiento de la colección a través de agrupamientos temáticos, contando con los correspondientes catálogos diccionarios y especializados. Singular importancia se daba a las actividades

de promoción, ya que se consideraba que eran el medio más eficiente para difundir las asociaciones y hacer llegar mayor cantidad de lectores trabajadores interesados.

Una parte medular del pasaje se dedicaba a pensar el rol del bibliotecario en la dinámica de las bibliotecas populares en relación con los lectores obreros. Si bien las indicaciones en este sentido no distaban del resto de consideraciones que se difundían para el personal de bibliotecas, la vinculación con este tipo de lectores sumaba desafíos a su reconocimiento “la mayor parte de las organizaciones sociales, patronales u obreras reconocen los servicios que prestan las bibliotecas y se muestran dispuestas a crearlas; pero es raro que adviertan que no tanto los libros como los bibliotecarios hacen a la biblioteca” (*Boletín*, 1935, 3, 10, p. 4). Sin embargo, esta revalorización traía consigo la asignación de tareas que enriquecían la labor, pero que a veces excedían su alcance “el bibliotecario debe mantener estrechas relaciones con los maestros de la escuela profesional y de la universidad popular; sabrá por ellos que materias se estudian en los cursos y podrá ordenar en consecuencia sus compras” (*Boletín*, 1935, 3, 9, p. 6).

Ahora bien, sobre las bibliotecas para trabajadores se difundieron en este escrito ciertas categorías y caracterizaciones particulares que si bien no todas eran aplicables al contexto de nuestro país, nos sirven en esta instancia para considerar la amplitud y especificidad que se contemplaba para las asociaciones que sirvieran al lectorado trabajador. Es decir, que estas consideraciones se incluyen en el *Boletín* a modo propositivo, lo que no implica que se hayan implementado efectivas políticas de aliento a cada una de estas iniciativas.

Entonces, se proponía una primera categorización general para las bibliotecas populares obreras, en urbanas (para obreros de fábricas), rurales (para obreros agrícolas) y marítimas (para obreros del mar). Las bibliotecas obreras urbanas debían poseer colecciones para finanzas, comercio e industrias, arte, cultura general, periódicos y lectura amena de acuerdo al tipo específico de actividad económica que se desarrolle en el área. La idea principal consistía en mediar todas las facilidades para que el obrero acceda a los libros y los lea, por lo que se sugería la creación de bibliotecas enclavadas en los mismos barrios obreros e incluso la disposición de pequeñas colecciones en los vestuarios de fábricas (*Boletín*, 1935, 3, 10, p. 4). De forma puntual, la Comisión Protectora en 1937 lanzó una convocatoria a establecimientos industriales y comerciantes a la creación de bibliotecas en sus instalaciones con bibliografía técnica

especializada en el área afín. Además, la Comisión Protectora ofrecía su protección en apoyo a inauguración de bibliotecas en estos ámbitos (*Boletín*, 1937, 5, 20, p. 5)

En tanto, las bibliotecas populares rurales conllevaban otra lógica, ya que aquí no se alentaba a que los trabajadores concurren a la biblioteca a leer, sino que teniendo en cuenta las particularidades del territorio se apuntaba a que los libros lleguen a sus hogares o ámbitos de trabajo y se constituyan allí los espacios de lectura. Esta dinámica particular implicaba la aplicación de un sistema de distribución de libros a través de camiones o bien por medio del establecimiento de puntos de encuentro accesibles en los que se producía el intercambio de materiales. La propuesta es atractiva, aunque la efectiva concreción del hábito de lectura por parte de los trabajadores rurales resulta difícil de determinar.

En esta línea, las bibliotecas marinas se establecían en los propios buques de navío, organizándose las áreas de lectura en el mismo lugar de trabajo (*Boletín*, 1935, 3, 10, p. 6). La Comisión Protectora contribuyó a su conformación a través de donaciones y subsidios, tal es el caso de biblioteca a bordo del crucero “La Argentina” (*Boletín*, 1939, VII, 28, p. 5) o los buques de la escuadra de ríos (*Boletín*, 1940, VIII, 36, p. 5).

Además, se sugería una categoría de bibliotecas para soldados, policías y bomberos.² Tomando como referencia algunas experiencias extranjeras generadas desde los ministerios de guerra, se sugería que para esta porción específica de trabajadores con prolongados tiempos de ocio entre sus ocupaciones, sean las bibliotecas populares quienes provean las lecturas recomendadas que impulsen la práctica (*Boletín*, 1935, 3, 10, pp. 4 y 6).

Ahora bien, a nivel discursivo es marcado el apoyo y el fomento dado a las bibliotecas populares para lograr constituirse como las entidades que alojen el trabajador lector en este provechoso escenario con avances en materia laboral y educativa, que había sido allanado de forma eficiente por las bibliotecas obreras. No obstante, desde las publicaciones oficiales son escasas las manifestaciones concretas de verdaderas acciones para efectivizar las políticas sostenidas. En algunas bibliotecas populares del país hubo propuestas aisladas de constituir pequeños fondos de carácter técnico conformadas principalmente por bibliografía extranjera, ya que la mayoría de

² En el artículo referido, además de las consideraciones para lectores trabajadores se menciona un tipo particular de biblioteca en los hospitales que si bien no está relacionada con este lectorado es destacaba como de particular interés para el organismo (*Boletín*, 1935, 3, 10, p. 6).

las iniciativas se constituía a través de acuerdos con instituciones del exterior. Tal es el caso de Biblioteca Popular del Municipio de Capital Federal, la cual en octubre de 1940 recibió de la embajada argentina en Londres “una sección de obras inglesas de carácter técnico, artístico e industrial” (*Boletín*, 1940, 8, 36, p. 3).

En otras iniciativas tendientes al acercamiento del trabajador al libro cabe mencionar a la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia de Villa Ballester, la cual realizó un relevamiento entre los trabajadores de fábricas a fin de establecer, según sus necesidades e intereses cual era la literatura que la biblioteca debía incorporar en su colección (*Boletín*, 1945, XII, 56, p. 6).

Palabras finales

A través de este sucinto análisis a una publicación editada por la Comisión Protectora, considerada su canal de comunicación oficial, podemos interpretar la preponderancia dada al rol de las bibliotecas populares en la constitución, el robustecimiento y la delimitación del lectorado trabajador. De forma precisa el organismo nacional se ocupó de difundir un determinado discurso acerca del perfil modelo de lector trabajador y de las iniciativas que las bibliotecas populares debían instrumentar en función de captar esta porción del público. Con menor representatividad, se incluyeron además manifestaciones sobre actividades concretas que las bibliotecas populares impulsaron, siguiendo la política bibliotecaria de lectura difundida por la institución protectora.

Reconocemos que no hay una manifestación expresa en las fuentes editadas sobre la función concreta que las bibliotecas obreras surgidas a través de los movimientos de izquierda de principios de siglo XX desempeñaron en este tiempo, así como también consideramos que hacia la década de 1930 y 1940 su presencia fue menguando. Sin embargo, entendemos que su función fue distintiva en esta dinámica particular dada entre asociaciones surgidas de la sociedad civil, un organismo gubernamental y un segmento de la población con demandas y condiciones particulares, mediados por el reciente alcance de un bien y una práctica históricamente relegados: el libro y la lectura.

Fuentes

“Bibliografía técnica en la Biblioteca Popular del Municipio”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1940, VIII, 36, pp. 3 y 6.

“Bibliotecas en las grandes fábricas”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1937, 5, 20, p. 5.

“Bibliotecas populares y ocios obreros”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1935, 3, 9, pp. 3 y 6.

“Bibliotecas populares y ocios obreros”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1935, 3, 10, pp. 4 y 6.

“Grandes bibliotecas populares del país: la Biblioteca del Círculo de Obreros de Corrientes”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1936, 4, 16, p. 6.

“Recibieron colecciones de libros de nueve buques de la escuadra de ríos”. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1940, 8, 36, p. 5.

“Una biblioteca en el cruce “La Argentina””. *Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, 1939, VII, 28, p. 5.

Bibliografía

Camarero, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera: Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Eujanian, A.C. (1999). *Historia de revistas argentinas. 1900-1950. La conquista del público*. Buenos Aires: Asociación Argentina de Editores de Revistas.

Lyons, M. (2011) Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños, obreros. En G. Cavallo y R. Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 387-424). Buenos Aires: Taurus.

Lyons, M. (2012) Nuevos lectores y nuevas culturas lectoras. En M. Lyons, *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental* (pp. 303-334). Buenos Aires: Del Calderón.

Planas, J. (2018). Las bibliotecas populares y obreras como objetos de la historia. *Historia y Espacio*, 14(51), 9-15.

Planas, J. (2022). Una retórica para las bibliotecas obreras. La cultura bibliotecaria socialista en transformación (Argentina, 1908-1920). *Información, cultura y sociedad*, 46, 13-36.

Sik, M. E. (2018). La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino, 1898-1905. *Historia y Espacio*, 14(51), 49-74.

Tripaldi, N. (1996). La política y los centros de lectura: los socialistas fundan sus primeras bibliotecas en la ciudad de Buenos Aires 1894-1899. *Revista de Biblioteconomía de Brasilia*, 20(1), p. 41-51.

Tripaldi, N. (1997). Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino: fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX. *Librería: Correo de las Bibliotecas*, 1(1), 22-37.